

Mentalidades Primitivas, Civilizadas y Positivistas

*Por Raymond LENOIR, laureado
por la Academia de Ciencias Morales
y Políticas de París. Colaboración Es-
pecial para la Revista Mexicana de
Sociología.*

POR reciente que sea la constitución de la sociología a partir de Auguste Comte, parece difícil a la mayoría de los espíritus contentarse con describir, comparar y meditar los hechos étnicos con suficiente espíritu crítico para liberarse de las tradiciones filosóficas favorables a las verdades a medias, así como de las tradiciones históricas que entrañan la consideración exclusiva de ciertos hechos considerados como cruciales sin serlo. Los diferentes modos de actividad humana se prestan a tratamientos desiguales. La exposición y discusión de las teorías antiguas y modernas acerca de la génesis, la evolución y las formas de gobierno en el halo de intenciones y de obras, de deberes y derechos constituye aún, con la moral cívica, la esencia de la *Sociología política*. La aparición, en el seno de todo grupo de “quien piensa por los demás”; los hechos de migración, de invasión, de conquista, de asimilación o de servidumbre de los pueblos; la contracción periódica de las sociedades orgánicas en una sociedad mítica; la afloración de mentalidades que tienen una orientación y una colocación propia bajo las instituciones y las costumbres de un pueblo en una época determinada permiten sobrepasar la fase dialéctica preliminar, de Platón, de Aristóteles, de los escritores políticos renacentistas, de Montesquieu, amalgamados a despecho de la *Republique* de Jean Bodin; surge de ello una clasificación de las formas de gobierno que la etnografía incita a Ri-

chard Thurnwald a abandonar por una especie de progresión histórica. Aunque se desprenda el espíritu común a los trabajos de Sir James Frazer y de Lucien Lévy Bruhl concernientes al poder en su potencia y en su magia, las mentalidades del Islam, de Hellas, de Irak y de Irán, de Roma y de Bizancio, de China y del Tibet, esforzándose por imponer a los grupos humanos estabilizados un orden que debe su fijeza y su plasticidad al cosmos, vienen a colocarse entre las sociedades de hombres que aseguran a los llamados grupos primitivos cohesión y fuerza armada, las sociedades secretas que subtienden en todas las épocas la vida pública y modelan las emociones populares sobre las revoluciones siderales, y la Sociedad Positivista que se fortifica al instituir a la vez, por el mundo, la Iglesia universal de la Religión de la Humanidad y la República Positivista.

La comparación de estos diferentes tipos sociales permite librarse de la impronta de la noción ambigua y confusa de "evolución" que ridiculizaría una parte del siglo xix si no entrañase la noción de involución. Ve, en los sincronismos establecidos por Masson-Oursel en 1922, a partir de las manifestaciones del espíritu propias de Asia y de Grecia, entre 2698 A. C. y 1882 un juego de interacciones normal que no implica ya, en el alba del siglo xx, entre dos orientaciones divergentes, sino una complementaridad sobre la que se funda la unidad de la humanidad. Considera sana crítica reconocer la exactitud de este hecho, pero también el volver a colocarlo en la superficie, restablecer las proporciones variables que le confieren las dicronías, las acronías y las ucronías que se reparten la dirección de los acontecimientos mundiales de acuerdo con hechos que testimonian el desarrollo en el tiempo y en el espacio, de voluntades humanas persistentes que sobreviven a la aparición y a la caída de los imperios, al rechazo, al margen de las corrientes mundiales, de grupos independientes que han seguido siendo nómadas, estacionarios o regresivos; la permanencia de visiones y de profecías que deshacen la historia de siglo en siglo para volver a encontrar la edad de oro en el origen de los tiempos.

Asimismo, las tablas cronológicas confunden el tiempo físico y el tiempo social. Este está hecho de duraciones concretas que tienen su ritmo propio, el cual reparte en el mismo momento y en diferentes puntos del espacio el estancamiento, la decadencia, el progreso. Disciplinar los tiempos sigue siendo una obra en parte oculta, en parte perceptible a través de las dinastías y las revoluciones —en donde las coloca Cournot— al través de modificaciones sociales que corresponden

al designio de ajustar los tiempos sociales a ciertas duraciones cósmicas a modo que se concilien las exigencias positivas de los tiempos sociales y las virtudes míticas reconocidas al número.

El hecho de que, al través de los siglos, todas las grandes sociedades atraviesen las mismas formas de gobierno o poco falte para ello, testimonia la insuficiencia y la insignificancia de concluir que obedecen a leyes; la necesidad de investigar las condiciones ocultas en algún modo de agrupamiento, de vez en vez favorecido o contrariado por los acontecimientos, cuya doctrina permanece esotérica, siendo su acción velada hasta que Auguste Comte expresa la munificencia de la ciencia capaz de tener una impronta simultánea sobre la materia y sobre los espíritus.

En las sociedades llamadas primitivas, tales como se presentan en la Cuenca del Pacífico, en el Noreste Asiático, en el Noroeste Americano, en las Selvas del Amazonas, en la Cordillera de los Andes, en el Chaco y Matto Grosso, los conocimientos son conservados, mostrados, puestos en práctica por seres dotados de una experiencia privilegiada sujetos a vivir a contrapelo de una existencia normal. No se confunden ni con los hombres convertidos en héroes ni con los hombres metamorfoseados en animales. Los conocimientos son secretos, dones, presentes mágicos, poderes, potencias dadas por un ser sobrenatural, revelados por un héroe mítico: historia de estrellas que giran en el cielo, historia de pueblos que atraviesan una y otra vez, inacabablemente, las tierras y los mares; acción sobre las selvas, sobre el bosque, la tierra y la piedra; acción sobre el hombre; propiedades de vestidos y de estrellas, de nombres y números, de la luz y del fuego, de los pueblos y de las sociedades animales, de los astros y las hierbas, de las estaciones y los años.

Presentes en la experiencia corriente, ponen al grupo en pie de igualdad con la experiencia de generaciones enteras desaparecidas; una experiencia que se vuelve con tal título privilegiada y que da derecho de ciudadanía en el más allá. Bajo la acción, se descubre lo que se oculta: lo invisible. Comunicarse con los muertos, con fuerzas hostiles de primera intención, pero que se dejan doblegar, satisface la necesidad que tienen los hombres de conocer su origen. De modo que la sociedad mítica no es otra sino la sociedad que vuelve a encontrar, de tradición oral en tradición oral, su nacimiento supuesto. Reencuentra —de paso— modos de vida más simples, más groseros, más rudos. Al mismo tiempo, el recuerdo de héroes civilizadores surge de las ondas o del suelo: vagabundeos sin hogar; atracción de los cobres brillantes; extrañeza de las caras de madera, de corteza o de tierras coloreadas;

actitudes, gestos, cantos, danzas; gritos, palabras bizarras, fórmulas, trozos de frases oídos se ordenan en la sociedad militar de los hombres en ceremonias de invierno.

Culto de los muertos, zoolatría, fitolatría (*φυτολατρία*) astrolatría, se desvanecen ante las fuerzas nuevas sujetas a la prueba de la resistencia física y del sufrimiento. La virilidad del grupo, las virtudes defensivas, su saber y sus combinaciones surgen del grupo tomado en su totalidad de acuerdo con los grados de energía y de vigor. Los peligros que hacen correr los hombres y la naturaleza imponen el recuerdo constante de ritos de guerra y de magia. Todo lo que el grupo sabe de sí, de los demás y del mundo, bastan la vista y el oído para fijarlo en el curso de un año de la existencia, en el curso de una estación propicia, cuando la emoción se vuelve intensa. Los cerebros que defienden del hambre, de las nubes, de las bestias y de los hombres la arrancan entre los esquimales; los ricos que matan, conservan rehenes y presas, lo hacen entre los Chukchi y los Kwakiutl hasta igualarse a "los del sol". Se unen o se disocian y rivalizan según los acontecimientos, la jerarquía de las clases de edad y la jerarquía de las riquezas.

Los momentos extremos de la humanidad se fijan en la Cuenca del Pacífico entre el Estrecho de Torres y la Polinesia. Ahí, en donde los ritos de atropofagia y los restos de una civilización megalítica se asocian a la muerte del sol. Aquí, la sociedad de los Areoi, arqueros que instituyen una confederación de las islas sobre los misterios de Oro, la enseñanza nocturna de las estrechas a los niños y los veladores nocturnos; los ritos que permiten triunfar de la muerte y obtener un segundo nacimiento. Los secretos de la vida y de la muerte componen un poder que crece con la edad. Hay quienes saben. Hay quienes no sabrán jamás: profanos, mujeres, niños, pueblos conquistados, grupos sujetos, porque su asombro se convierte siempre en crédula admiración.

La coexistencia, en una misma isla del Estrecho de Torres de tres grados de civilización a partir de la propiría, testimonia la lentitud con que se han constituido las sociedades megalíticas que no dejan por el mundo otros testimonios que no sean los conjuntos de ruinas, de tradiciones locales, de nombres. Suponen un desarrollo del espíritu y de la población, un dominio y esclavos que permitan la extracción metódica en canteras abiertas, la talla y la colocación de la piedra de acuerdo con proporciones, volúmenes y figuras definidas. La visión de conjuntos que se elevan y se escalonan en altura, se ayuda de líneas imaginarias que se unen a los astros errantes y dan una fisonomía particular a las cons-

telaciones. Se desprenden de ello lo par y lo impar, lo derecho y lo izquierdo, el número y el nombre, la imagen y el signo, la vocal y las consonantes reunidas en una sílaba, el cálculo y la lógica.

Aparte de las canteras de construcción se ha formado un grupo cuya actividad sigue siendo misteriosa, cuyo saber parece cierto de acuerdo con sus efectos inexplicables. Queda fuera de la sociedad, superior a la vida familiar, independiente de las clases de edad, en dependencia de las generaciones, abierto a un pequeño grupo de hombres y de mujeres recibidos por cooptación siempre que hagan el sacrificio de su felicidad y rompan con el ritmo biológico al cual se prestan las existencias individuales, por poco que revista una forma social autoritaria y coercitiva. Experiencia, observaciones, reflexiones acrecentadas incesantemente, consignadas en libros, de la que se hace una aplicación positiva. Sistematiza y organiza las creencias, las ideas, las funciones sociales de subsistencia, de protección y de procreación a modo de mejorar la existencia social. En todos los dominios impone un orden del que no cree deber dar razón a seres ligados por sus emociones y sus visiones a la somnolencia de viejos sin trabajo. Todas las grandes civilizaciones de la antigüedad: Tibet, Caldea, Irak, Hellas, Jonia, Etruria, Egipto, Lacio, China, le deben el ser, la estabilidad asegurada por un catálogo de hechos naturales que van de los astros a las hierbas que matan o salvan; la irradiación que confiere la disposición de los hombres en armas de acuerdo con las propiedades de los números; la elección de tales números y las combinaciones a que les llevan los movimientos de ejércitos sobre el terreno de acuerdo con la estrategia; la confianza en la analogía sobre la que se funda una clasificación de acuerdo con los puntos cardinales propagada, deformada, fragmentada rápidamente al través del mundo. Una escisión se realiza entre los no y los sí, los sabios y los tontos, quienes calculan y quienes se abandonan a la *manía*, el egoísmo vital, dócil a los impulsos y a la afirmación del pensamiento impersonal, indiferente a la salvaguarda de cada quien ante el cuidado de humanizar la especie. La expedición de venganza, la búsqueda de piedras, los prisioneros de guerra convertidos en gentes de trabajo que traen grafito a las paredes y canteras de granito rosa, las exploraciones, las alianzas marítimas, una sociedad de comercio trabada entre todos los pueblos estables hacen poco a poco de quien parece mandar y de quien obedece, un jefe de armas meda, un jefe de ceremonias asiático o lacedemonio, un jefe de tripulación melanesio, un rey del bosque latino.

La sociedad secreta que se ha desprendido de la sociedad de los hom-

bres no da nacimiento al poder político sin verse desprovista de toda potencia reconocida. Pero, como toda dominación fundada sobre la fuerza armada no podría escapar al conflicto latente de los jefes y de los soldados que denuncia Eurípides, la organización militar se disgrega en feudalidades. Todos los grupos se esfuerzan por volver a tomar el poder; los elementos sociales que estaban fundidos, dominados, intelectualizados, reaparecen. Los libros se ocultan y se vuelven inencontrables. La gran ciencia no se transparenta sino al través de alusiones y giros de frases. Los símbolos le dan su vivacidad a las imágenes, su virtud a las analogías. Las fórmulas y los ritos dejan adivinar. La cabala la cede a la gnosis. El tiempo del patriarcado se reforma, el cual autoriza la afiliación de hombres que pertenecen a todos los medios, a todas las razas, que se sienten presa de un mismo odio hacia la coerción que ejerce sobre ellos el orden existente. Con cualquier pretexto, justifican su rencor, se ligan unos con otros por el soplo. Pronuncian el mismo juramento y dan como caución su propia existencia en el curso de ceremonias en donde la puesta en práctica de símbolos y de fórmulas y de palabras evoca la edad cumplida al retorno de la cual aspiran. Asimismo, la sociedad secreta acusa a la sociedad política de haber roto todo lazo con la sociedad de los hombres y el cosmos, de haber desacralizado a la que pretende entregar al precio de emociones contradictorias y mortíferas, su carácter sagrado.

Un consejo formado por elección, anónimo e invisible, prepara este retorno a la *novitas mundi*. Transmite sus órdenes ejecutivas a una milicia que siempre está en estado de alerta, a la defensiva, en actitud de combate. Manda y coordina los movimientos o movidas subterráneas, los descontentos, las defecciones, las tradiciones. Su fin no parece ser, de primera intención sino fomentar la guerra civil, derribar la guerra civil, cambiar el orden de acceso al poder, al trono, a la forma de gobierno. De este modo, la sociedad secreta aparece como el revés de la sociedad política, que cuida, como ella, de sacar su rigor de las clases de edad, del gran número, de la mayoría. No hay, en ningún siglo, crisis social o transformación política que no suponga su acción. A medida que el tiempo transcurre, ésta se asfixia, se olvida, desaparece. A medida que se aproxima la época contemporánea, se convierte en el fermento que opera la transmutación constante pero siempre caprichosa de las sociedades antiguas y modernas.

El juego simultáneo y dispersivo de las repúblicas renacentistas, de las rivalidades entre las familias y de las sociedades secretas mal cono-

cidas se podría retener y profundizar al través de la formación y evolución de las teorías abstractas sobre la política, que se fundan, en los siglos xv y xvii sobre la antigüedad helénica; en el siglo xviii sobre la antigüedad bíblica y las formaciones de barrios xenófobos, la erudición romana y bizantina; en el siglo xviii sobre el internacionalismo, al cual incitan, desde la Alta Edad Media, los matrimonios reales, sobre la complementaridad en D'Alembert y Condorcet, de conocimientos reconocidos por los polígrafos difundidos por la *Enciclopedia* y una ciencia esotérica de los números, si no fuera por el *Sistema de Política Positiva*.

El pensamiento de Auguste Comte no hubiera podido formarse desde 1822 con una fijeza que confirma la obra proyectada, en parte realizada, en parte inacabada, si desde la Regencia, en Francia, a partir de Bayle y de Fontanelle, con D'Alembert, Condorcet, la depuración crítica del Renacimiento bajo la égida del humanismo grecolatino no hubiese desacreditado a la astrología sino para divertir a la opinión con la estructura matemática. No ha desembarazado menos a Descartes del modo de exposición medieval y monacal que Stendhal revela a justo título para poner en valor la *mathesis universalis* y, al mismo tiempo, el espíritu de libre crítica surgido de los parlamentos de provincia, generador de las sociedades políticas que se propagan, matizándose a partir del Club del Entresuelo con los designios del Abate de Saint Pierre recogidos por Jean Jacques Rousseau, los fisiócratas que administran algún tiempo el Reino del Bien Amado, caro al Dr. Quesnay, los Reformistas en torno de Turgot, mediocres en todo, los Amigos de la Libertad estimulados por Madame de Stäel, La Fayette y Benjamín Constant y que sobrepasan por un tiempo, al precio de la ciencia, la abundancia de las sociedades secretas. El Directorio, bastante sabio y bastante hábil para salvar a la República de la coalición deseada por Bonald entre monárquicos y comunistas, el Consulado y el Imperio que luchan contra las sociedades secretas abolidas por la Revolución no impiden por la acción la latencia de sociedades de oficios que conservan y guardan de generación en generación los planos y los trabajos de los monumentos seculares de la Edad Média, de barrios que conservan el recuerdo de grupos extranjeros y de emociones populares suscitados por un conflicto de potencias, incesante, que divide y asocia alternativamente al Papa, al Rey, al Pueblo, a la Universidad ante los Vagabundos; los Templarios militan contra la Realeza; la milicia de los jesuitas en torno de Ignacio de Loyola.

Comte asiste al despertar de la opinión. Ha oído hablar de cons-

piraciones, de las tramas abortadas en el seno de un ejército enamorado de la república militar contra Napoleón. Ha seguido la lucha emprendida contra la Realeza por los buenos Primos del Bosque, los *carbonari* que propagan al través de la joven Europa la fe del carbonero “que quizá no ha podido, en mil años, excitar una contraversia”. Ha conocido a Cousin, a Bazard, a Buchez; adivina la red que tejen bajo la restuación al través de Poitiers, Colmar, Nantes y Toulouse; ha asistido en 1822 al fracaso del partido director que intenta en Belfort un movimiento insurreccional.

Las jornadas de febrero de 1830, la *Unión Obrera* de Flora Tristán “anticipación de la internacional marxista” en 1843, la Revolución de 1848 podrán consagrar las sociedades populares. El proceso intentado a los sain-simonianos en 1832 podrá entrañar el desmembramiento de una Iglesia. Buchez podrá fracasar en la formación de una sociedad espiritual, procedente, ella también, del fisicismo de Saint-Simon que eleva templos a Newton, templos en los que el candidato corre el riesgo de desaparecer como un vulgar *salagoro*. La República Social de 1848 podrá ver a Blanqui, Raspail, Barbès, Sobrier, amigo del prefecto de policía Caussidière, Anaïs Segalas ejercer la dictadura de la opinión por medio de la *Sociedad Central Republicana*, *el Club de los Amigos del Pueblo*, *el Club de la Revolución*, *el Club de Clubes*, *el Club de las Mujeres*. Podrá ordenar, el 25 de junio de 1849, la clausura de 25 clubes, promulgar el 1º de julio de 1849 una ley sobre los clubes que prohíbe las sociedades secretas, formular el 4 de enero de 1850 un proyecto de ley que prohíbe los clubes. Comte permanece alejado. No podría decir con Lamartine: “He conspirado con Sobrier, he conspirado con Blanqui, he conspirado con otros varios. ¿Sabéis cómo he conspirado? He conspirado como el pararrayos conspira con el rayo.” Suscribe, por tanto, la proclamación de 1848: “Los Clubes son para la República una necesidad; para los ciudadanos, un derecho.” Es porque considera, con Rivarol, a los clubes como “campos democráticos diseminados por toda la superficie de Francia”. Es porque debe a la Convención que transforma el 1º de septiembre de 1795 la Escuela Central de Trabajos Públicos, que ha fundado desde el año III (1794), en una Escuela Politécnica independiente hasta 1830 del Ministerio de la Guerra, el amor por las instituciones republicanas, su formación de ingeniero, el culto de los sabios evocados sobre la Montaña de Santa Genoveva, su adelfía.

Ventorrillos, bodegas, barricadas en las que se encuentran obreros,

estudiantes en medicina, Evariste Galois hace subir la emoción sagrada de sus padres e hijos, de hermanos y primos, de amigos que consienten el sacrificio de su propia existencia a la idea; para saber aquello que la alianza por la sangre comporta de precario, de hipócrita y de ficticio frente a las afinidades electivas. El politécnico llega en una atmósfera mezclada de mito y de historia. No dice nada de las sociedades lejanas evocadas por Saint Simon en sus conversaciones, ni de sus lecturas de viajes. Parece conocer los *Tableaux Chronologiques de l'Histoire Moderne*, los *Tableaux Synchroniques de l'Histoire Moderne*, los *Précis d'Histoire Moderne*, la *Introduction a l'Histoire Universelle* en donde Michelet, en 1825, 1827, 1831, atiende a nombres que sobrepasan aquello que los acontecimientos, los desarrollos y sus giros bruscos collevan de incoherente y de superficial. Pero alía, con el arte del filósofo, la impresión profunda dejada en su infancia por el mito revolucionario. Las verdades fundamentales que son defensa única de las generaciones contra la muerte de la especie surgen desde que evoca las asociaciones, las sectas y las escuelas del pasado: misterios romanos, helénicos, egipcios, escitas, tracios, frigios; costumbres extranjeras contadas por los navegantes que fusionan analogías con que juegan. Se forman símbolos para los que Comte, poco visual, busca, encuentra e impone por un tiempo una expresión abstracta que prolonga el análisis matemático como análisis lógico apropiado para combinar los conceptos.

Existe, en primer término, la existencia nómada: "la tienda, el carro y el navío se convierten en una patria móvil que mantiene ya una relación especial de la familia o de la horda con el medio inerte". Como en el tiempo evocado por Hobbes en el que domina la fuerza, hambrientos y depredadores invaden regiones felices o cultivadas. Se instalan ahí para conservar una autonomía que pone en fuga toda tentativa de incorporación o de asimilación. No pueden impedir a otros grupos que obedezcan a fatalidades étnicas y a encuentros que tienden a hacer de ellos sedentarios. Estos experimentan la fuerza de cohesión y la expresan en ciudades, en Estados dominados por un sentimiento de humanidad. Al régimen sedentario se ligan las primeras especulaciones en aritmética y en astronomía, la contemplación, la observación ininterrumpida del cielo; los cálculos, las tablas, las figuras llegan a convertirse en patrimonio de grupos a los que la naturaleza extraña y benéfica de sus trabajos coloca fuera de la sociedad; por encima de la sociedad, y a los que se sacraliza. Hace 30 siglos, o sea, desde el siglo XII A. C., una casta sacerdotal aparece en India y en China. "Entre amplias po-

blaciones independientes entre sí, se funde en una unión astrolátrica." Astrolatría, astronomía, astrología se convierten en las fases de las teocracias. Las sociedades cultas y los sacerdocios no se separan de la sociedad de los hombres, militar y total, sin hacer de la defensa y de la ofensiva una función distinta, confiada a un grupo limitado y organizado: la banda en armas y, después, el ejército. Nace ahí una rivalidad que va a hacer de la historia una secuela de jerarquías y de subversiones alternadas. Esto haría la tarea del filósofo muy delicada, a no ser por la elaboración helénica. En el seno de misterios que inician en el monoteísmo y en la paz universal, al ritmo de las expediciones periódicas de comercio, se forman teocracias cuyo impulso militar no tiende sino a reducir el nomadismo o el seminomadismo circundantes. Estas se rodean de barreras para defenderse de las teocracias indígenas o coloniales. Fundan el imperio de Dodona y de Delfos sobre los oráculos y las palabras ambiguas.

El orden social se modela sobre el orden natural, inflexible e inexorable. Las crisis de las sociedades aparecen ya en Hemsterhuys, intérprete de la nobleza detentadora de la "gran Ciencia", así como de los puntos de retroceso entre los perihelios. Las revoluciones siderales asignan a los acontecimientos una duración determinada al cabo de la cual se vuelve al punto de partida, todo recomienza de la misma manera. Todas las civilizaciones recorren las mismas fases. Semejante constatación sigue siendo superficial y retiene apenas a "los pretendidos pensadores que quieren pronunciarse entre sabios sin conocer la aritmética" La aritmología, salida de la teoría de los astros y de los números bajo la revolución francesa, reúne una ciencia de los números y de los nombres ancestrales que suscita numerosas cábalas y combinatorias. Hace abstracción del espacio "que no es sino flúido universal y permanece en sí desprovista de consistencia" Se funda sobre el tiempo en la medida en que incorpora las duraciones en el calendario positivista de 13 meses que corrige a la vez los calendarios juliano, gregoriano y revolucionario; sobre los pequeños números, sobre los grandes números. Retiene, por aplicación, las determinaciones de astrónomos persas comprendidos bajo la denominación colectiva de Zoroastro, que asignan mil años al cambio de organizaciones de las estrellas e identifican en diez mil años la duración, al cabo de la cual las estrellas desaparecen para dejar sitio a nebulosas espirales, a conjuntos globurales, a las *novae*. Pero, siente repugnancia por detenerse en las virtudes místicas de los números y no aventura consideraciones sino sobre los números 3 y 7. Las fechas críticas se borran. La atención se vuelve de la institución del *kai* hacia

uno de sus efectos: la ambigüedad. La polivalencia de las palabras se desprende de toda reflexión crítica y cae. De acuerdo con Comte, “las ambigüedades testimonian a menudo profundas aproximaciones venturosamente captadas por el instinto común a varios siglos antes de que la razón sistemática pueda llegar a ello”.

Aunque se enfrenten cosmología y biología, el análisis matemático profundizado en su conjunto como sólo Lagrange ha podido hacerlo hasta aquí, adquiere un carácter sagrado. Reacciona contra el álgebra, excluye el cálculo de probabilidades, impone la doctrina de las series desarrollada por Euler y Lagrange, propone su extensión en términos independientes de los de Buchez en relación con la historia política y parlamentaria. “Todo fenómeno social tendría su ecuación en la misma forma que una figura o un movimiento si su ley pudiera llegar a ser conocida con suficiente precisión.” Se relacionaría con la Meteorología que Comte sabe, como Lamarck, fundamental y enigmática, e incluso con una “química numérica”. Por el momento, sólo una *física social* puede concebirse de acuerdo con el principio de D’Alembert: “el estudio del movimiento de un sistema se reduce al equilibrio correspondiente” El *Système* se reduce así a un *punto*. El azar hace que, al tiempo que Comte escribe, Mirza Aly Mohamed substituya el título de Rab que ha tomado en 1844 para encarnar a Babek que profetizó de 816 a 837, en que murió martirizado en Bagdad, el título de Punto o Nokteh.

¿Cómo asombrarse de que el menor cálculo astronómico presente “una maravillosa concordancia entre el encadenamiento actual de las operaciones interiores y la sucesión futura de los acontecimientos exteriores”? Comte parece atribuir el mérito de ello a Egipto, a la India, a Caldea, a Grecia y a Roma. Parece ignorar la anterioridad de la astronomía persa, contemporánea de las Eleutheries, de la unidad espiritual de Hellas, de la que se prosigue la afirmación al través de las Anfictionías, las Delias, las Olímpíadas, las declaraciones solemnes de Platón y de Isócrates frente a los Misterios. El adopta la interpretación clásica del monoteísmo como destinado a desarrollar la bondad y la aplica de manera indistinta al Cristianismo, al Maniqueísmo “pernicioso”, al Mazdeísmo. Permanece, como historiador, extraño a la distinción que se impone entre Irak en Persépolis y la federación médica bajo las órdenes de un basileus basileôn que radica alternativamente en Susa, en Eobatana, en Babilonia, en el curso de un año, cuando pronuncia el que “la teocracia persa está más alterada que ninguna otra

por la preponderancia final de sus guerreros sobre sus sacerdotes”, el imperio de los medas comienza bajo las órdenes de la teocracia persa cuando deja de asumir, con el sacerdocio, el carácter militar que les plugo a Ciro y a Cambises darle. Sea lo que fuere, Comte sigue, al través de los tiempos, el sometimiento de las duraciones humanas a las duraciones astronómicas, por donde se manifiesta, a despecho del querer humano, hasta la paradoja, la preponderancia de lo espiritual sobre lo temporal. La historia da a Comte el sentimiento de una interdependencia entre los continentes, de una presencia oculta, de una dirección manifiesta que no tienen expresión directa que se deduzca de cálculos referentes a las fechas y a los grandes números. No es necesario que ajuste al milenarismo la dinastía de los Aqueménides, como tampoco los periodos egeanos, como tampoco la duración del imperio romano; a los números formados por la misma cifra redoblada, miembro de una serie que se adapta a las contracciones y dilataciones físicas, tal o cual dinastía china. Le basta con imponer a la época medieval un ritmo ternario, al Renacimiento y a los tiempos modernos un ritmo binario. Asimismo, sus previsiones no tienden sino a instituir la República positivista.

Ante la dislocación continua de los grandes Estados a partir de la independencia americana, la revuelta, el motín, las disposiciones provisionales, Comte retorna por encima de la Iglesia al imperio romano o a la república romana. Es su secreto. Los calificativos que aplica a Juliano o a Napoleón no le levantarán. A la realeza de Teseo que en Atenas, confía a los Eupatridas la guarda de los misterios y la explicación de las leyes, prefiere los colegios sacerdotales, los fabricantes y los plebeyos. No se preocupa de los caballeros que constituyen la clase media. Un colegio está formado por sabios que estudian a la humanidad en todos sus aspectos, bajo todas las funciones que conciernen al hombre. Serán a la vez legisladores, jueces, médicos, astrónomos, filósofos, poetas, pontífices. Renuncian a la grandeza y a la riqueza. Parecen haber tomado parte en la controversia medieval de los Jacobinos y de los Cordeleros sobre el nacimiento del hijo de Dios, y practican el celibato. No temen emitir un enjuiciamiento moral sobre la propiedad, fuente de voracidad; sobre la patria, fuente de ferocidad; sobre la procreación, fuente de egoísmo. Instauran una lengua universal. Encuentran la resistencia de los pueblos que consagran animales, vegetales, minerales. No pueden anexar toda actividad pública e incorporar poblaciones cuya adoración es incompatible con el sistema de conquistas sin dejar pro-

pagarse las creencias sobrenaturales, divinizar a los jefes del ejército, recibir las divinidades de los pueblos sometidos. Pero importa que dejen transparentarse una comunicación sobrenatural, una encarnación divina, una inspiración profética al través de la sacralización del poeta. Independientes y universales, liberados del suelo, del tiempo, del sedentarismo, por encima de las jerarquías, irradian y presiden las artes, la paz universal, el saber enciclopédico. “Consolidan y mejoran” por medio de la Naturaleza que se hace Gran Ser, que se expande en Ser Supremo y hace de ellos los Sacerdotes de la Humanidad.

Un sentimiento justo de la obra de Irak le permite a Comte comprender el sentido profundo de la “agresión (médica) destinada a rechazar la sediciosa propaganda de un pueblo turbulento”. Nota el movimiento antiteocrático que gana Hélade en el siglo IV, la glorificación de quienquiera osa romper la opresión sacerdotal y divulgar sus secretos. El manejo de la aritmología extiende las “propiedades filosóficas y religiosas de los números” a la constitución del patriarcado; al lugar de los gobiernos, a los salarios, a los presupuestos anuales de la República, a la repartición de los templos, de las familias, de los filósofos, de los banqueros, de los artesanos, de los comerciantes en una Francia en la que los departamentos del Primer imperio desaparecen, amputados por los retrocesos del Tratado de Viena, en 17 intendencias en el seno de un continente del que la población y la expansión están sometidos al número. El todo en una superación de la patria, de la nación, de la colonia, de la guerra ofensiva, en un ideal de paz universal.

Comte puede abandonarse a la analogía superficial que coloca en el mismo rango a Zoroastro, a Confucio y a Buda por no ver personalizarse en ellos al astrónomo, el sobresalto de vitalidad violenta que sucede al estudio de los tiempos, la fragmentación de la tierra y del fuego como una sucesión de revoluciones sociales que encaminan a la humanidad hacia la indiferencia y la apatía y de la que los animales se reabsorben en el mito. Testimonia la admisión del *chiliasmo* cuando predice: la instauración de la República Positivista requerirá dos milenios, repartidos en cinco fases. En dos fases y media, de 1852 a 1952, los países de Europa occidental, las colonias, “seis miembros retrasados”, con respecto a la naturaleza de los cuales no se explica Comte, serán ganados ya al Positivismo. Una aritmología sutil preside el reparto de los miembros del Comité positivista occidental. Las unidades simples se avecinan ahí con las unidades constituidas por la repetición de la misma cifra. Sin embargo, se prosigue la aplicación a la República

Positivista y a la Iglesia universal de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de Italia, de España, de Portugal, de Polonia, de Grecia. Rusia, Turquía y Persia vendrán en seguida: "La persistencia excepcional del régimen teocrático no impide al positivismo encontrar en la India verdaderos puntos de contacto con la asistencia mutua de Persia."

Un primer milenario ha transcurrido desde 1852. Comte ha dejado su obra sin terminar. Bajo el Segundo Imperio, una doctrina esotérica se ha instituido con Jules Ferry en medio de oposición en el seno de logias masónicas. Se hará por Littré, por Gambetta subyacente al radicalismo en el Parlamento bajo la Tercera República. El esoterismo será proscrito de la Universidad hasta que Lucien Lévy Bruhl publica *La Philosophie d'Auguste Comte* hacia 1900. La Iglesia Universal y la República Positivista aportarán su ponderación al genio de las revoluciones que presiden los destinos de Brasil, de México, de la América Latina. Los puntos de vista sobre las sociedades antiguas evolucionan con lentitud: los descubrimientos arqueológicos y sobre todo las inducciones realizan una reagrupación de los hechos espirituales que dan intensidad a los hechos sociales. Egipto y quizá Etiopía, como colonias helénicas, dejan intacto el conflicto fundamental entre Irak y Jonia asociados desde el siglo III al V, por una parte, y el Asia Central. El helenismo y la romanidad se oponen. Uno somete a la acción de los ciclos solares las costumbres; a la tradición transmutada por las generaciones, las leyes. La otra sacraliza las generaciones en las costumbres e identifica las leyes con las fragmentaciones y revoluciones estelares. El contraste entre la revolución occidental y la revolución oriental, entre Jesús y Mahoma, entre el anuncio del reino del Cielo y la dictadura militar no podría mudarse en oposición formal del Occidente y del Oriente si el espíritu positivo de Persépolis, de Fars, de la región de Armenia a lo largo del Mar Caspio, de Balkta pasa por Bagdad, las Universidades de Mesopotamia, los Mauros, en una España en que domina, durante toda la alta Edad Media, un pensamiento judío-arábigo, distinto del mahometanismo, independiente del helenismo y que, sin embargo, procede de él.

Pero, Comte ha dado un valor inesperado al culto solar para el que el mes subordinado al año aparece como un progreso sobre el año subordinado al mes lunar. "El astrónomo no se encuentra a sus anchas sino ante las gravitaciones secundarias; descuida la resistencia del medio: encuentra cambios bruscos que no comportan ninguna previsión real y contra los cuales no posee ninguna garantía científica." "De acuerdo con el

movimiento de la tierra, elimina las estrellas, sacrifica su uso por la observación exterior y reduce la verdad astronómica a nuestro sistema solar tan solo." Comte se siente tentado a ver en la matemática "una astronomía abstracta". El reconocimiento implícito del carácter reciente del culto solar entre los israelitas, los cristianos, los incas deja brotar un elemento místico. Este no se identifica, como entre los astrónomos renacentistas, con un flúido vital. Evoca desaparecidos y fuerzas invisibles. "Varias almas vienen espontáneamente a residir en un mismo cerebro. Liberan el orden vital y material del tiempo y del espacio, de las leyes numéricas." "Cada alma ocupa varias sedes de las cuales cada una puede reproducirla bajo diversas formas." Por otra parte "al descartar los prejuicios teóricos, se reconocía la imposibilidad de demostrar la no existencia de voluntades directas en las que la astrología colocaba la fuente continua del orden celeste... Si debemos incluso en matemáticas animar el espacio, con más razón conviene esta disposición hacia la astronomía".

De este modo, como los saintsimonianos, Buchez, Reynaud, Leroux, Comte permanece fiel al mesianismo revolucionario. La sociología que no lo comparta y la historia que lo teme pueden registrar en su activo el desarrollo del proletariado, la acción sobre la última constitución del Reino de Rumanía, la modificación del sistema representativo a la inglesa, preconizado por Guizot, consecutivo a la disolución de los partidos políticos en Italia y en Alemania entre 1932 y 1939, el federalismo eslavo. En su pasivo, se inscriben, la evolución de la mujer en el sentido de un civismo que mantiene la maternidad como un deber social que crea derechos y dispensa de cualquier servicio social incluso a la mujer sin hijos; la nivelación del patricio y del plebeyo bajo el signo de la igualdad en la que Comte ve en 1848 una "noción antisocial"; la aparición en 1918 del trabajador intelectual; en 1940, del trabajador forzado; el desarrollo de la política imperial de las nacionalidades; el sobresalto de las naciones europeas en 1914, el conflicto de las naciones y nacionalidades en el Tratado de Versalles, del pacto de las Naciones y de la Sociedad de las Naciones, de la Conferencia de Yalta y de la Carta de San Francisco, de la comunidad de los pueblos y de la ONU, dividida entre la tendencia particularista de la Sociedad de las Naciones y la tendencia universalista de la UNESCO, indiferente al genio de los pueblos, conforme a la ambigüedad de la ideología estadounidense, tan confusa y compleja como la ideología del Eje. Frente a las dilaciones o retardos considerados necesarios para permitir el acceso de todos los

grupos humanos a la positividad, la prisa por colocar en el mismo rango, con los mismos derechos en la organización interna así como en los consejos que deciden en parte los destinos del mundo, a todos los pueblos y a todas las razas, sea cual fuere su pasado histórico, su grado de civilización, su rango y su papel en la humanidad.

Quedan los lineamientos de una sociología política. Obtiene sus elementos por confrontación de las sociedades llamadas primitivas, de las sociedades antiguas y de las sociedades modernas examinadas desde el ángulo de las convicciones y las disposiciones que aseguran su cohesión. Encuentra en el mito y en la historia todos los modos de coordinación, de sistematización y de jerarquía. Mantiene el primado de la ciencia, bajo cualquier forma que se manifieste. Ve desprenderse poco a poco de la actividad colectiva, órganos nuevos, especializados, que obedecen a un ritmo propio: la armada, la administración, la dominación del *imperium* que tiende a poner en jaque el poder espiritual; el primado del *emporion* que engloba todos los modos de actividad nacional en el internacionalismo de una república de comercio. Asiste a la desorganización simultánea del ejército y de la administración, a la autonomía creciente de los legistas y de los creyentes, a la parcelación del país, de las provincias, de las satrapías en clanes, tribus, bandas, ejércitos, salteadores que mantienen en torno de algunas grandes familias rivalidades y alianzas propicias a las realezas nominales, a las anarquías de hecho. Denuncia por doquier un juego de acciones y reacciones que generaliza la constatación hecha por Comte: "En la Edad Media, el estado general de Europa depende del de Asia." Opera una distinción fundamental entre la Arabia musulmana, la Arabia heterodoxa y Persia. La política árabe, en su aspecto musulmán hace de mediana entre Asia y Africa. La política persa se dirige a las poblaciones asiáticas que tienen con Irak e Irán un mínimo de conformidad étnica, de afinidades con el helenismo. Se detiene en Menfis, por ser heredera de la Europa oriental y occidental. Pero el fermento de la historia de la humanidad está en la rivalidad subyacente a lo espiritual y a lo temporal, la de lo espiritual y lo biológico. El grupo, el pueblo latino con él, mantiene la adherencia de los seres vivos al suelo generador de diferencias en el estatuto vital, social y político. Quien se separa del grupo, de la serie de generaciones, de su apego al pasado, no concibe, como lo hará Renouvier, la sociedad sino como algo intelectual, fundado en la libre voluntad de sus miembros. En el Irak descrito por Gobineau a siglos de distancia, en donde persisten Nossairi y sectas, los datos astro-

nómicos pueden envolverse en creencias más y más confusas, la elección de acuerdo con el grado de veracidad y el grado de saber hace el imperio secreto de las *Gentes de Verdad*.

Así se pliegan los “hábitos insurreccionales” de la razón moderna, en una “gran revolución occidental” que realiza la “gran familia”, la “inmensa república” que no concuerda ni con la República Cristiana de Kant, ni con la República Universal de los Estados Unidos del Mundo con que sueña la América del Norte. Las tres jaloneadas entre la unidad y el federalismo que aparece siempre en país unitario en vísperas de a poco después de ocurridas las crisis. Según ocurre en Francia en 1870 con la federación de ciudades que emprende la resistencia y la liberación del país tras la Comuna de París; el movimiento de federalismo que inquieta a la opinión en vísperas de 1914; el movimiento de federalismo que enmascara la turbación y la confusión de la vida pública de 1944 a 1954. No importa aquí lo que pueda haber de bonapartismo latente en Comte. Lo que puede haber de concesión para el espíritu público. Una pobre frase, “satisfacer a los pobres, dando seguridad a los ricos” se olvida. Basta con que la Revolución Francesa haya dado el ejemplo de una sociedad en la que reinan la emoción ordenadora, la inspiración, el amor creador. Que haya impuesto la jerarquía del talento, del mérito y del genio en una de las sociedades secretas. En toda sociedad secreta que reclamará en la Nueva Libertad Woodrow Wilson, que realizarán las Potencias del Eje. Cuando la vida social lo desdoble de nuevo bajo la acción combinada del régimen actual y del régimen pasado proyectando sus supervivencias en el porvenir le queda a La Bruyère decir la amargura de ello, a Rousseau la hipocresía, a Marivaux, a Vauvenargnes, a Chamfort, a Rivéroll, a Senac de Meilhan la fantasía y el ridículo, a Schopenhauer y a Nietzsche lo trágico que Gustave Flaubert, siguiendo a Jules de Gaultier, identifica con el movimiento de imaginación que lleva al ser a desearse distinto.